

Título: El sueño de Akinyi

El frío imponía su presencia con una autoridad implacable. Calaba en el aire, se aferraba a la tierra y dictaba la manera exacta en que el cuerpo debía reajustarse para lograr avanzar a través de él. «Cross Internacional de Venta de Baños»; Akinyi sintió la verdadera crudeza de ese nombre nada más llegar.

En Venta de Baños, las calles, amplias y de una sobriedad rotunda, se entregaban a las afueras sin resistencia, como si el propio entramado urbano te empujara hacia la llanura. Allí, la naturaleza del aire mutaba: se tornaba más vasto, más frontal, huérfano de todo refugio. El circuito del cross no parecía haber sido trazado sobre la tierra, sino haber brotado orgánicamente de ella. La frontera entre el recorrido y el paisaje se desvanecía por completo. Las cuerdas apenas lograban contener una superficie que palpitaba viva bajo los pies: lechos engañosamente blandos, firmes implacables e irregularidades intactas. Era un terreno indómito donde cada zancada exigía un desciframiento previo.

El público, agolpado en los márgenes, era una extensión más del trazado. Sus voces rasgaban el aire en instantes precisos, orquestando una banda sonora visceral para el esfuerzo de los corredores. Akinyi observaba en un silencio reverencial. Comprendió que aquel circuito no solo se corría; exigía ser escuchado. Tras frotarse las manos y caminar sin rumbo unos minutos, buscó refugio en los aseos. Era un espacio estanco, de azulejos fríos y luces asépticas, donde el clamor del exterior quedaba súbitamente en suspenso. Allí, con el sonido amortiguado y el frío batiéndose en retirada, la asaltó un mareo insidioso. Se aferró al borde del lavabo, cerrando los ojos con fuerza mientras buscaba en una inspiración profunda el ancla para recuperar el dominio de sus sentidos. Se salpicó el rostro con agua y empujó la puerta. Sin embargo, lo que aguardaba al otro lado de la puerta alteraría su realidad para siempre.

El propio terreno parecía haber colapsado sobre sí mismo, arrastrado hacia atrás en el tiempo. El cross latía ahora con un inconfundible pulso ochentero, envuelto en una niebla baja y en el roce eléctrico de los chándales de nailon que crujían rítmicamente al trote. Rudimentarias cintas rojas delimitaban las trincheras de barro, los dorsales colgaban torcidos sobre el pecho de los atletas, y una megafonía áspera y metálica escupía nombres al aire como si fueran antiguas consignas. El ambiente estaba impregnado de una mezcla imborrable: el aroma salvaje a tierra húmeda, el tufo penetrante a Reflex emanando de los músculos tensos, y el olor hogareño de bocadillos envueltos en papel de aluminio junto a termos de café humeante.

Ante semejante estampa, la perplejidad inmovilizó a Akinyi por un instante. Sin embargo, tras deambular por los alrededores y constatar con un estupor innegable que, en efecto, había sido arrojada de lleno al año 1988, hizo acopio de una serenidad encomiable. Sabía por instinto que sucumbir al pánico era un lujo que no podía permitirse en aquel páramo temporal; perder los nervios solo agravaría su aislamiento. Respiró hondo y su mente formuló un único y claro imperativo: «Tengo que encontrar a alguien con quien poder hablar».

Los corredores se preparaban para la inminente batalla. Cada cual ejecutaba su rutina de calentamiento, guiándose escrupulosamente por las directrices de sus entrenadores. Deambulando entre ellos, Akinyi desentonaba como una nota disonante; su paso titubeante y una indumentaria radicalmente ajena a aquella década la delataban. No faltaban las miradas furtivas ni los cuchicheos que ella, con estoica indiferencia, optó por ignorar. Y entonces, la vio. Akinyi acortó la distancia y, buscando un ancla familiar, se dirigió a ella en su lengua materna.

—Hola, ¿me entiendes?

La mujer alzó la vista, interrumpiendo su concentración.

—Sí —respondió—. Encantada, soy Mary Chemweno.

Akinyi asintió, mientras Mary la escrutaba de arriba abajo con suma atención.

—No te había visto antes por aquí.

—Porque no soy de aquí.

—Eso resulta evidente.

Akinyi le sostuvo la mirada, inquebrantable.

—No soy de esta época. Vengo del futuro; del año 2026, para ser exactos.

Una risa breve y escéptica escapó de los labios de Mary. Sin embargo, la gravedad y la desorientación palpables en el rostro de Akinyi borraron cualquier rastro de burla en cuestión de segundos.

—No sé hasta qué punto eso es posible, pero te escucho —concedió Mary, teñida aún de desconfianza.

Ambas tomaron asiento sobre un bordillo de cemento.

—Entonces, si vienes de allí... ¿sabes lo que depara el futuro? —inquirió.

—Sí.

—¿Qué es de nosotras en este lugar?

Akinyi paseó la mirada por la crudeza del circuito antes de pronunciar su respuesta.

—Hemos aprendido a dominar este barro mejor que nadie.

Una sonrisa imperceptible afloró en el rostro de Mary, y un destello de genuino alivio suavizó sus facciones. Clavó los ojos en la lejanía del recorrido durante unos instantes.

—Ignoro qué clase de magnetismo esconde esta tierra, pero me infunde una fuerza inusual. Siento que hoy puedo ganar.

—Yo también lo percibo, y no tengo ninguna duda de ello —corroboró Akinyi—. Pero, al terminar la carrera... ¿podrías ayudarme a regresar a mi tiempo?

Una ráfaga de viento barrió el circuito. Hizo restallar las cuerdas delimitadoras y erizó la capa más superficial del fango.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —resolvió Mary con cautela. Hizo una pausa—. Dime una cosa. Si es cierto que vienes del futuro... ¿sabes si finalmente el mundo entero nos acepta? En cuarenta años, las cosas deberían haber cambiado drásticamente.

Akinyi no se permitió endulzar la verdad y respondió sin rodeos.

—Muchísimo más que ahora, Mary. Pero no del todo.

Mary no esbozó la más mínima sorpresa ante la revelación.

—Lo entiendo.

La voz de la megafonía sonó entrecortada, como si el propio viento helado se encargara de desgastar las palabras antes de que cayeran al suelo. Era el aviso definitivo para acudir a la línea de salida. Mary se incorporó de inmediato, con la determinación de quien entra en su elemento. Akinyi la imitó, aunque un latigazo de incertidumbre la hizo dudar. Antes de alejarse, Mary fijó la vista en la inmensidad del recorrido y le ofreció una última certeza:

—Si te sirve de consuelo mientras termino la carrera, piensa en esto —le dijo, con una calma reconfortante—: si este lugar ha tenido el poder de traerte hasta aquí, supongo que también sabrá cómo devolverte.

Mary se colocó en la salida. Akinyi se acomodó en lo alto de las gradas. El terreno se desplegaba como una trampa de barro oscuro y hierba escarchada, exigiendo un respeto absoluto en cada zancada. La carrera prometía ser una batalla, un pulso frontal contra el invierno palentino donde el esfuerzo puro es el único lenguaje válido. Desde su asiento, Akinyi comprendió que Venta de Baños no era un simple pueblo en el mapa, sino un cruce atemporal de caminos y voluntades capaz de conectar almas a través de la superación. El murmullo expectante del público y el azote del viento se detuvieron en seco. Entonces, rasgando la niebla, se oyó el pistoletazo de salida.

El estruendo del pistoletazo resonó con tanta violencia que Akinyi abrió los ojos de golpe, arrancada de sopetón del frío de 1988 para encontrarse bajo la implacable luz blanca de los aseos. Acostada sobre el suelo de azulejos, parpadeó desorientada al ver a tres mujeres inclinadas sobre ella, pasándole trapos húmedos por la frente y la nuca con evidente preocupación. A medida que el olor a desinfectante reemplazaba por completo al del barro húmedo y el Reflex, la realidad se impuso de golpe: no había viajado en el tiempo ni hablado con la legendaria Mary Chemweno; simplemente había sufrido un desmayo repentino y toda aquella experiencia no había sido más que un sueño inusualmente lúcido. Aún con el corazón acelerado pero sintiendo un profundo alivio, esbozó una sonrisa agotada, respiró hondo para asentar el estómago y agradeció de corazón a aquellas desconocidas que no habían dudado en socorrerla.

Al salir al exterior, Akinyi observó de nuevo el terreno del cross, ahora firmemente anclado en el presente. Las antiguas cintas rojas y la megafonía áspera habían dado paso a vallas de contención modernas, arcos de meta y logotipos brillantes, pero la esencia implacable del circuito seguía allí: la tierra cruda, el barro exigente y ese frío palentino que cortaba la respiración. Al contemplar el recorrido, sintió una profunda paz instalándose en su pecho. Aunque era consciente de que su viaje en el tiempo no había sido más que un sueño fruto del desvanecimiento, la fuerza de aquella conversación latía intacta en su memoria. Con la mirada fija en el trazado y el alma templada, apretó los puños; sentía, con una convicción absoluta, que le debía a Mary la siguiente victoria en el cross.